

Thomas Mermall: El hispanismo como vocación*

Introducción de **José Lasaga Medina**

ORCID: 0000-0001-8825-9874

I

¿Mermall, clásico de los estudios orteguianos? Desgraciadamente sí. Los trabajos que ha dedicado a la obra de Ortega –y no sólo, pero son estos los que resultan aquí relevantes– desde hace más de treinta años justifican su presencia sobradamente. Su muerte reciente explica el mínimo homenaje de ser traído a esta sección¹.

Aunque la dedicación a los estudios de literatura hispánica no fue la primera incitación que el joven Mermall sintió, resultó la más fértil en consecuencias. Como contó en sus excelentes memorias tan llenas de veracidad e inteligencia, *Semillas de gracia*, su primera orientación fue hacia el teatro. Estoy seguro de que la tablas se perdieron a un galán de primera, pero el caso es que en el momento de tomar la decisión de hacia dónde dirigir sus pasos (*quod sectabor iter?*, leería después en Descartes, citado por Ortega) para ganarse la vida, se inclinó hacia los estudios literarios en lengua castellana. Contaba con la familiaridad con la lengua que le proporcionó su estancia en Chile durante su niñez, antes de llegar a Chicago. El punto de no retorno, la clara conciencia de que no se había equivocado en su decisión académica la tuvo cuando leyó a Unamuno y a Ortega: “Y entonces descubrí a Miguel de Unamuno y a José Ortega y Gasset y ya no pude dejarles. Tenía ante mí a dos monumentales figuras del pensamiento europeo del siglo XX que escribían en español y cuyos ensayos poseían la carga filosófica que buscaba en mis estudios. Ambos preferían el ensayo, el género que terminaría siendo mi espacialidad”².

¹ Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

² La sugerencia de dedicar la sección de “clásicos” a Thomas Mermall me fue hecha por Javier Zamora, director de la revista.

³ Thomas MERMALL, *Semillas de gracia*. Valencia: Pre-textos / Fundación Ortega - Marañón, p. 348.

Cómo citar este artículo:

Lasaga Medina, J. (2012). Thomas Mermall: el hispanismo como vocación. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (24), 193-206.
<https://doi.org/10.63487/reo.454>

Revista de
Estudios Ortegaianos
Nº 24. 2012
mayo-octubre



Sin embargo tardamos en encontrar trabajos sobre ambos autores. La primera publicación que el propio Mermall considera relevante en su trayectoria intelectual es un ensayo sobre *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. Fue aun un trabajo de licenciatura que mereció el honor de ser leído por el poeta mexicano, quien le respondió con una extensa carta manuscrita que, nos cuenta Mermall, enmarcó y colocó en su escritorio.

Terminada la licenciatura, se planteó el tema de doctorado que dedicó a Pedro Laín Entralgo. El propio Mermall explica su elección: Laín antes que Ortega o Unamuno porque no se consideraba preparado⁵. Una beca Fulbright de un año de duración facilitó la elaboración de la tesis, de la que el propio autor dice que está mejor en el olvido y un primer contacto con la cultura viva y las gentes del país cuya literatura estudiaba. De esos estudios surgió el tema de su primer libro, *The Rhetoric of Humanism: Spanish Culture after Ortega y Gasset*, un análisis de las distintas estrategias argumentativas y de las formas retóricas de algunos de los más destacados intelectuales de la España franquista, desde falangistas como Laín o el psiquiatra Juan Rof Carballo, hoy injustamente olvidado, a socialistas como Tierno Galván y Castilla del Pino, o católicos de izquierda como José Luis L. Aranguren. El libro apareció en 1976 en una editorial de Nueva York y en castellano editado por Taurus dos años después.

A este libro inicial ha seguido una larga serie de estudios dedicados a la cultura española con predilección por pensadores que se han servido de la forma ensayo para transmitir sus ideas y casi exclusivamente del siglo XX. La única excepción que conozco es Larra, siendo los más frecuentados Ortega, Unamuno y Francisco Ayala. En cierto modo, Mermall acotó su campo de investigación en su primer libro: el decir del pensar, la retórica como estrategias de persuasión del lector y el estilo de los pensadores. El subtítulo del mencionado libro definía el horizonte de sus preocupaciones: “la cultura española después de Ortega”. Al final de la introducción anunciaba un próximo estudio en que pensaba ocuparse de los ensayistas “emigrados” (no exiliados) como era obligatorio decir entonces. Y mencionaba a Juan David García Bacca, Américo Castro, José Ferrater Mora y Francisco Ayala. Es notable la coherencia del proyecto de investigación de Mermall. Al describir los motivos que se proponía estudiar en los autores seleccionados se refiere a la “historia intelectual y al análisis literario”. Si a esto añadimos su predilección por el ensayo como vehículo de comunicación de ideas, antes que la forma sistema o las obras de fic-

⁵ Se trata de una de esas infrecuentes confesiones en el mundo académico, en las que abunda *Semillas de gracia*: “Cuando llegó el momento de elegir tema para mi tesis doctoral, ellos eran la opción lógica, pero eran intelectos de un calibre y una complejidad que no me sentía lo bastante preparado para abordar y opté por una figura menor, pero en modo alguno carente de importancia: el humanista Pedro Laín Entralgo” (*Ibid.*, p. 350).

ción tenemos no sólo el motivo que organiza su obra sino la razón de ser de su admiración por Ortega y Unamuno.

Es más que probable que Mermall entrevistara no sólo que la cultura española del XX abundaba en excelentes ensayistas, sino que el ensayo como forma de pensar resultaba especialmente idónea para hacer frente a la crisis cultural que se abría paso en Occidente desde el periodo de entreguerras. Era cuestión de tiempo que *La rebelión de las masas* reclamara su atención. En los 90 el muy traducido ensayo orteguiano carecía de una edición crítica en lengua española. Mermall decidió llenar tan sospechoso vacío y llevó a cabo un trabajo exhaustivo en cuanto a la contextualización, historia del texto, recepción y actualidad de las ideas allí vertidas. El prólogo, de casi cien páginas, sigue siendo una de las mejores introducciones que el lector puede hallar en el piélagos de ediciones que han proliferado –muchas de ellas después del rescate que hizo Mermall del texto orteguiano⁴.

II

Mi primera intención fue precisamente escoger varias páginas de la mencionada introducción a *La rebelión* pero al final me incliné por una selección de textos que aspira a recoger la variedad de temas y registros que ha incorporado Mermall a los estudios orteguianos. Me he tomado la libertad de entresacar algunos párrafos de los escritos que a lo largo de más de tres décadas el profesor norteamericano ha dedicado a nuestro catedrático de metafísica, organizándolos a modo de ensayo...

El hilo conductor de los estudios que Mermall dedicó a Ortega ha sido, pues, el de la retórica. Probablemente se centró en este aspecto de la obra orteguiana porque advirtió que lejos de quedarse en cuestión formal le habilitaba para llegar al centro de su filosofía. En efecto, Mermall argumenta que la razón vital posee una consistencia teórica en la que tan importante es la forma de decirse, su retórica, como el conocimiento que transmite. Razón y vida: el sentido de este modo de filosofar se juega en el hiato que desde Platón oponía *doxa* a *episteme*. El discurso orteguiano con su preocupación pedagógica por hacerse entender, por asegurarse de que su mensaje de “salvaciones” llegaba a sus conciudadanos para reformar sus conductas, tenía que ser esencialmente *doxístico*, apoyarse en la manipulación de los *idola fori*, pero siempre con la intención de alumbrar una verdad, de hacer penetrar en la conciencia del lector un ide-

⁴ Es de justicia señalar que la edición posterior de Domingo Hernández Sánchez mejoró la de Mermall en el aspecto filológico al estudiar un conjunto de variantes en el texto orteguiano que la mencionada edición no recogía.

al nuevo, nuevas formas de considerar la cosas. Conexión de *doxa* y *episteme*: el título de uno de los más extensos artículos que Mermall dedicó a Ortega⁵, y del que hemos tomado el primer texto de nuestra antología, *Entre doxa y episteme*, capta la entraña del proyecto filosófico orteguiano, al tiempo que también su dificultad y, si se quiere, su relativo fracaso: la coherencia profunda entre fondo y forma que implicaba también una nueva forma de decir la interpretación filosófica del mundo, la vida humana como realidad radical. Razón vital era *doxa*, mera interpretación, con pretensión de *episteme* (sistema articulado en conceptos). Así, Mermall centrará su investigación en los tropos más directamente relacionados con el conocimiento: la metáfora y su función activa a la hora de configurar la perspectiva, complemento y auxiliar del concepto antes que su opuesto.

La ironía, que Mermall valora como una de la figuras retóricas más importantes de la razón vital, nace del trasfondo socrático que comparte todo filósofo, pero la de Ortega debe más a la ironía cervantina que a la romántica. Se trata de una diferencia de graves consecuencias. La ironía romántica se sirve de la razón para imponer a la realidad una utopía, un deber ser; la cervantina para hacer que nos revele su figura mejor. La ironía es el recurso que permite al perspectivismo no caer en el relativismo al distanciarse de la posición inicial y ponerla entre paréntesis, camino de un segundo enfoque (o visión parcial). Mermall investiga la relación esencial que une la ironía a la dialéctica, acuñando el término “dialéctica irónica”. En efecto, la dialéctica es el tercer tropo al que Mermall presta atención, dialéctica antes de las “cosas”, esto es de las realidades, que de las ideas puras o representaciones. La presencia de Hegel en la obra de Ortega a partir de 1928 es importante pero en cierto modo y valga la ironía, está como un punto de partida dialéctico que es menester superar en la “serie de verdades” que representa la historia de la filosofía camino de lo que Ortega llamó “dialéctica real”, tomando el término de Dilthey. Y esta forma de entender la dialéctica conduce a Mermall, de acuerdo con el movimiento interno del estilo de pensar orteguiano, a la paradoja o *para-doxa*, que nuestro filósofo termina por identificar con la filosofía misma, con la forma de verdad que le es más propia. Parte de la obra de Mermall sobre Ortega consiste en el estudio sistemático de las conexiones de los cuatro tropos que conforman la urdimbre retórica de la razón vital: metáfora, ironía, dialéctica, paradoja.

El otro gran asunto implicado en el decir orteguiano es el ensayo como forma literaria preferida para verter ideas y darlas a conocer. Mermall ha visto

⁵ El propio Mermall consideraba que era el mejor de los que había escrito sobre Ortega. Las referencias se dan con la selección de textos.

que hay algo esencial en esta *elección* de Ortega, algo que atañe, por un lado, a su estilo de pensar pero, por otro, a las circunstancias y condiciones materiales en que se desarrolló su proyecto de pensamiento y los ideales reformistas en política a los que sirvió. La posteridad ha querido que lo que Ortega presintió, a saber, que el libro-sistema no era la única forma de presentar decorosamente una filosofía sino que el ensayo era otra, tan legítima como la primera, se convierta en moda. Mermall se pregunta en otro ensayo del que tomamos un fragmento, “Un «postmoderno» inteligible: en torno al estilo filosófico de Ortega y Gasset”, si es un pensador postmoderno al coincidir con ellos en las estrategias retóricas y en la preferencia por el ensayo. Y responde, con razón, a mi juicio, que no. El ensayo fue una forma *necesaria* en la expresión de la razón vital. Pero según Mermall, *no suficiente*. “Grandes tramos de su pensamiento quedan ahí como fragmentos sin desarrollar”, leeremos en el segundo epígrafe de nuestra selección. Sobre la tan debatida cuestión del ensayismo en la filosofía española, Mermall vio que resultaba imprescindible para una teoría que se proponía explorar un nuevo territorio que hasta el momento se había resistido a la razón. Pero al contemplar la obra de Ortega no queda más remedio, sostiene Mermall, que aceptar que hay algo fallido o incompleto en la misma forma ensayo, algo que el propio Ortega buscaba y no halló...: “un lenguaje adecuado” para expresar su novedad filosófica. No había complacencia en el ensayo como “pensamiento débil”. Ortega cree -y Mermall lo enfatiza- que la filosofía aspira a revelar, de alguna forma, la verdad de las cosas.

III

Después de dedicar las dos primeras secciones al núcleo de la investigación mermalliana sobre la retórica y su estilo de pensar, el resto de la selección era fácil: no podía faltar un fragmento de la introducción que antepuso a su edición de *La rebelión de las masas*, al que he añadido otro texto que ofrece un ejemplo inmejorable, en mi opinión, de los análisis que realizaba: se sirve de la oposición concreto/abstracto como hilo conductor para mostrar la estructura de sentido y valoración (a la vez) a que remite la tesis central del libro. Concreto/abstracto se articula sobre las oposiciones *utopía* (lo abstracto)/*historia* (lo concreto) y esta sobre una segunda: *Estado* (lo general abstracto)/individuo-persona (lo real-concreto). Hombre-masa es quien prefiere lo abstracto a lo concreto, lo ilusorio a lo real, etc.

La elección de los dos últimos fragmentos también ha sido fácil. Era lógico recuperar los textos postreros que dedicó Mermall a Ortega: su estudio sobre estrategias retóricas en *Meditación de la técnica*, un curso que le había interesado mucho, pero sobre el que no había escrito antes de la ocasión que se lo exigió,

cuando, por cierto, ya estaba jubilado y retirado de los menesteres académicos⁶. Y si le había interesado fue porque, al tiempo que le parecía acertado el planteamiento de fondo, advertía que las nuevas tecnologías escapan al dictamen orteguiano. Es peor que la infantilización que Ortega había detectado. Mermall concluye que podía tratarse directamente de un fenómeno de barbarización a gran escala.

La selección termina con un párrafo tomado del artículo que el diario *El País* publicó con motivo de la inauguración del Congreso internacional sobre Ortega que se celebró en Madrid en noviembre de 2011 y al que Mermall estaba invitado. La muerte le impidió acudir.

IV

“Hispanista” es una clasificación académica con la que Mermall no se sentía incómodo. Tuvo la suerte de formar grupo con un elenco de hispanistas norteamericanos que compartieron temas y autores. Es sorprendente la lista de los contemporáneos de Mermall, con muchos de los cuales tuvo vínculos de amistad. Mencionaré a modo de breve homenaje a algunos de ellos, aún a riesgo de olvidarme de otros: Víctor Ouimette, Inman Fox, Rockwell Gray, Antonio Regalado, Lane Kauffman, Antón Donoso, Harold Raley, Philip W. Silver, Nelson Orringer, etc.

He dicho que Mermall no se sentía incómodo dentro de la categoría de hispanista pero no me parece del todo justa. El hispanista es un estudioso de la cultura española (o hispana) a la que se acerca desde otra lengua y otra cultura. Pero Mermall no se conformó con presentar a su cultura y sociedad de origen los temas y autores de la cultura lejana, la cultura hispana al ámbito anglosajón, sino que se convirtió en un estudioso de los problemas mismos en que estaban implicados sus autores, compañero de meditaciones de los maestros a los que había dedicado su esfuerzo y su inteligencia. Aquellos aún vivos que pudieron conocerle como Francisco Ayala, le honraron con su amistad. Me atrevo a escribir que Ortega también le habría honrado con la suya.

⁶ En noviembre de 2010 se celebró en la Fundación Ortega-Marañón un encuentro internacional sobre el famoso ensayo bajo el título “Ortega y Gasset y su *Meditación de la técnica*”.

THOMAS MERMALL

Selección

1. La dimensión retórica de la razón vital¹

“...léa a Ortega desde la perspectiva retórica...”

[U]n rasgo distintivo de la razón vital como talante retórico es la peculiar interdependencia en la obra orteguiana de cuatro factores tropológico-argumentativos: metáfora, ironía, paradoja y dialéctica. No se trata de la presencia aislada de cada uno, sino de la función integrada, dinámica de estos elementos retóricos que definen el pensamiento orteguiano. El lenguaje dominado por tropos y estrategias pragmáticas y circunstanciales ha sido históricamente considerado como antitético a la intención filosófica, hasta que Nietzsche redujo toda filosofía a una serie de tropos. No interesa aquí un análisis de los mismos, sino subrayar la importancia que tienen para nuestro pensador.

Según Ortega la metáfora es “una verdad, es un conocimiento de realidades”, medio por el cual extendemos nuestra potencia intelectual, y que “nos sirve para hacer prácticamente asequible lo que se vislumbra en el confín de nuestra capacidad...”. La metáfora y el perspectivismo caracterizan la primera

¹ Referencias de los textos citados: 1. “Entre *episteme* y *doxa*: el trasfondo retórico de la razón vital”, *Revista Hispánica Moderna*, 47, (1994), pp. 79-82. 2. “Un «postmoderno» inteligible: en torno al estilo filosófico de Ortega y Gasset”, *Revista de Occidente*, 192 (1997), pp. 46-49. 3. “Retórica: género, argumento, estilo”, en José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*. Madrid: Castalia, 1998, pp. 73-75; “Abstracto/concreto: clave retórica para la comprensión de Ortega”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 1 (1996), pp. 185-186. 4. “Ortega contra Pero Grullo: estrategias retóricas en *Meditación de la técnica*”, *Revista de Estudios Ortegaianos*, 21, (2010), pp. 130-131. 5. “El político, el pensador, el hombre”, *El País*, 15 de noviembre de 2011. Los *motto* al frente de cada epígrafe son de Thomas Mermall, de sus memorias *Semillas de gracia*.

época del pensamiento orteguiano, aunque luego tendrá que reconocerlos como medios inadecuados para formular con precisión las estructuras pre-teóricas de la vida humana. En lo que toca a la oposición *episteme/doxa* es de notar que no faltan los críticos, y Ortega sería uno de los primeros en notarlo (aunque con cierta inseguridad o inadvertencia del alcance de su posición), que la metáfora es la raíz misma de la filosofía tal como él la practicaba; que es el lugar donde la filosofía y la retórica se dan la mano. Esta unión reside en el poder intelectual de la metáfora, la capacidad de este tropo en penetrar más allá del conocimiento conceptual y entregarnos una versión inédita de la realidad. Esa realidad primigenia, vital, el fundamento pre-teórico de la vida como realidad radical, es sólo asequible por la metáfora, el gran tabú de toda la filosofía profesional. [...]

Ahora bien, la vida como realidad radical es esta primera y absoluta posición asequible a una intuición mediada por el lenguaje figurado. En la razón vital se funden *episteme* y *doxa*. Regalado lo resume muy atinadamente: “El dinamismo metafórico... descubre las fuentes pre-racionales de la razón integrándolas en una metáfora totalizante, «razón vital» en la que se fundan la teoría y la vivencia, el rigor del concepto y el estilo”.

En cuanto a los demás tropos y formas de argumento (ironía, paradoja y dialéctica) son estos los elementos integrantes de la gran metáfora que es la razón vital. Todas las ideas orteguianas van montadas sobre ironías que al abrir una perspectiva permiten distanciarse de la misma, facilitando que cada punto de vista rinda su esencial verdad mediante el contacto purificador con su contrario. En otra ocasión nombré este recurso retórico de nuestro pensador con el rótulo “dialéctica irónica”, sumándola al perspectivismo orteguiano. Ahí expliqué, sirviéndome del aparato crítico de Kenneth Burke, que “Ortega practica una dialéctica irónica, encaminada a superar los tres obstáculos de la razón vital: *absolutismo, subjetivismo, relativismo*”, para demostrar enseguida la interdependencia entre ironía y dialéctica en *La rebelión de las masas*. Cinco años después, Antonio Regalado –recurriendo a veces a los mismos ejemplos que el autor de estas líneas– ensancha y matiza el sentido y alcance de la tropología orteguiana sintetizándola en “tres movimientos retóricos; a saber: en una metáfora cuyo fundamento conceptual es una paradoja y cuya intención es irónica”. Y luego precisa con una frase que considero crucial para una apreciación retórica de la razón vital: “El proceso argumentativo de esta dialéctica irónica gira sobre el gozne del entimema o silogismo hipotético, que queda siempre sin prueba, pero que a su vez es prueba de la premisa fundamental que es su punto de partida”. Como es sabido, el *entimema*, el argumento retórico por excelencia, es en el orden de la demostración, la falta de la “prueba explícita” que Ortega considera como la esencia del ensayo como género.

Y con esto llegamos a la última consideración de la razón vital como fenómeno retórico: el recurso de nuestro pensador al ensayo como género filosófico predilecto.

2. El ensayo como estilo filosófico

*“Pasó toda su vida buscando un lenguaje que pudiera describir su estructura,
un lenguaje apropiado para la vida”*

No son pocas las razones que me autorizan a calificar a Ortega de pensador postmoderno. Por cierto que Ortega mismo se reconoció como tal en el famoso artículo de *El Espectador* titulado “Nada moderno y muy siglo veinte”, al tiempo que críticos de su obra tan probos como Morón Arroyo le consideran el profeta de la postmodernidad. Sin embargo, siento la obligación de poner el calificativo entre comillas, pues aunque Ortega, un postmoderno *sui generis*, anticipe algunas de las preocupaciones del postmodernismo actual, no comparte sus criterios fundamentales. Lo “nada moderno” en Ortega consiste en el rechazo del positivismo decimonónico y su concomitante mito del progreso; la necesidad de desalojar la tiranía de la razón pura, físico-matemática, sobre la cultura, y con ello poner fin al absolutismo racionalista. En lo que sigue quisiera comentar la forma, el estilo filosófico, del que frente a esta modernidad trasnochada se empeña en inventar un nuevo modo de pensar y que corresponde a la complacencia de Ortega en considerarse “muy siglo veinte”. Pero primero unas observaciones sobre el género ensayístico –figura mental del pensamiento moderno y estilo filosófico predilecto del postmodernismo.

Si tuviera que buscar el estilo filosófico orteguiano en los orígenes del género ensayístico y sus dos consabidos modelos, no vacilaría en filiar a nuestro pensador en la línea de Montaigne en vez de en la de Bacon. Con el padre del *essai* Ortega comparte ese prurito exploratorio del yo en su circunstancia, la prioridad de la perspectiva, el interés por las vicisitudes y los problemas del individuo concreto frente a la ambición de los grandes sistemas filosóficos y las utopías políticas. Con ello no se pretende desdeñar el respeto de Ortega por la ciencia como norma intelectual, que el joven filósofo había aprendido de sus maestros alemanes, ni su severa crítica al subjetivismo, actitudes ambas de clara estirpe baconiana. La razón vital e histórica como método persigue un programa de ilustración y modernización algo distinto del que iniciara Bacon y que recogieran seguidores españoles suyos tan dispares y separados en el tiempo como Feijoo y Tierno Galván. Cabe además distinguir el ensayismo orteguiano de estilos de pensar como el aforístico y lapidario de Nietzsche –sin ignorar, desde luego, la innegable influencia ideológica del alemán– o el gusto

desgarrado por la paradoja existencial de Kierkegaard y Unamuno, cuyo tono y mensaje Ortega apenas pudo soportar.

La consabida definición del ensayo como tentativa y exploración, la identificación de su forma con el fragmento y la perspectiva situacional, la repetida asociación del género con la crítica y autocrítica por excelencia, han favorecido sobremanera la vocación intelectual de Ortega. [...]

[El] ensayismo de nuestro pensador es producto de una mente apresurada y comprometida con la docencia y con patrióticos quehaceres. Para él, la filosofía fue tanto voluntad de sistema como servicio público. Pero este doble imperativo no le resultó a Ortega del todo satisfactorio. Grandes tramos de su pensamiento quedan ahí como fragmentos sin desarrollar. [...] Ortega admite que su pensamiento, tantas veces interrumpido por urgentes quehaceres y responsabilidades, no está suficientemente vertebrado. Pero en otra ocasión se queja de que no haya lenguaje adecuado para expresar su idea de la razón vital.

3. Un ensayo ejemplar: *La rebelión de las masas*

“Cuando intento definir el sentido de nuestra cultura, encuentro a Ortega de forma prominente”

Es de todos reconocido –incluso entre los críticos más duros con las teorías orteguianas– que nos encontramos ante un escritor de dotes excepcionales, poseedor de un estilo ágil, elegante, cuajado de imágenes deslumbrantes y de argumentos seductores. En las primeras páginas de esta introducción citamos los elogios al estilo de *La rebelión* por parte de Francisco Romero quien decía: “En ninguno de sus libros... es su prosa tan vivaz y directa”. Uno de los traductores del pensador –H. L. Nostrand– aplaude su capacidad para despertar en el lector corriente el interés por ideas de considerable complejidad, aunque también opina que para el crítico avezado la retórica de Ortega es irritante. Así, las paradojas resueltas mediante el recurso a definiciones inesperadas, o el bregar con el sentido de las palabras, son supuestas deficiencias que para otros bien podrían ser valores positivos. En todo caso, Nostrand atribuye el éxito de *La rebelión* a la formidable retórica orteguiana y nota que “entre los escritos que últimamente se ocupan de las lacras culturales del hombre medio es el tomo más manoseado (*battered*) en las bibliotecas norteamericanas. Y enseguida ofrece una larga lista de intelectuales y pedagogos que se han inspirado en el clásico texto. Más adelante comentaremos sobre la calidad de la prosa orteguiana en este su ensayo más famoso. Pero antes conviene fijar algunos rasgos formales del mismo, así como las categorías y estrategias de persuasión que constituyen el argumento de la obra.

En cuanto a los antecedentes genéricos, Fernando Salmerón identifica *Los caracteres de la edad contemporánea* de Fichte y *La réforme intellectuelle et morale de la France* de Renan como modelos filosóficos de *La rebelión*. El primero estudia el fenómeno social europeo con recursos a la psicología y caractereología; el segundo ofrece un proyecto de vida nacional y una propuesta de reforma intelectual y moral de la sociedad europea. Es evidente, pues, la filiación orteguiana respecto a aquellos precursores. En nuestro tiempo saltan a la vista varios paralelismos posibles: *El ambiente espiritual de nuestro tiempo*, de Karl Jaspers; *Razón del mundo*, de Francisco Ayala; *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, y *El hombre unidimensional*, de Herbert Marcuse, son tratamientos en forma de ensayo de los grandes problemas de la modernidad.

No podemos explayarnos aquí pormenorizando una teoría del ensayo, pero a modo de síntesis podríamos definirlo como el encuentro de una conciencia teórica altamente individualizada con la complejidad de un momento cultural dado; una tentativa de investigación libre de las prescripciones de la filosofía formal y de las ciencias analíticas. De ahí que el ensayo sea el género retórico por antonomasia, una forma de discurso que encaja perfectamente con el carácter circunstancial, explorativo, inconcluso y por lo general de tono urgente de los escritos orteguianos. A diferencia del pensamiento formal –sobre todo de índole racionalista– que pretende hablar, en palabras del autor “a la Humanidad”, el de Ortega está anclado en la experiencia inmediata y dirigido a un público determinado. En efecto, una nota esencial de la retórica orteguiana es la primacía de lo individual y concreto sobre los valores abstractos; la prioridad de la circunstancia sobre la Humanidad. Cuando una obra como *La rebelión* alcanza a lectores fuera del ámbito español nuestro pensador siente una apremiante necesidad de explicarse, y así lo ha hecho con su iluminador “Prólogo para franceses”. Inherente al método de la razón vital, pues, es la idea de que todo significado es siempre una función de la vida personal o comunal. Pero si en la labor cultural orteguiana es palmaria la inflexión pragmática y pública –herencia de los oradores y sofistas– centrada en la opinión, también detectamos frente a esta tendencia una postura adversativa, dialéctica, de origen platónico, que pone en tela de juicio las opiniones reinantes de una comunidad.

* * *

La antítesis utopía/historia que domina el “Prólogo para franceses” es una explicación más esclarecedora y a fondo de la relación entre el hombre masa y el Estado moderno, relación implícita en el argumento en el que funciona el *topos abstracto/concreto*. En otras palabras, entre la premisa de la herencia negati-

va de la Revolución Francesa comentada en el “Prólogo” y la realidad que en el siglo veinte constituye el fenómeno de “la rebelión de las masas” laten las tensiones entre individuo/Estado y personal/colectivo que capean por el clásico estudio orteguiano. En efecto, una lectura atenta revela que la oposición utopía/historia introducida en el “Prólogo” se ha trocado, en la segunda parte de *La rebelión de las masas*, en su variante inversa de Estado/individuo, en la que el Estado moderno representa la *dystopia* del totalitarismo, mientras que la noción de individualidad queda desvirtuada por la despersonalización y la homogeneidad de creencias que exige la voluntad colectiva y la mentalidad masa. Si unimos el argumento de Ortega del “Prólogo” con el del texto principal descubrimos que lo abstracto (el Estado moderno) absorbe lo concreto (el individuo), convirtiéndole en cifra igualitaria, impersonal e intercambiable que la presunta voluntad mayoritaria le impone. La voluntad general e impersonal impuesta por la tiranía de las masas llega a ser un “todos y nadie”, una abstracción que no admite disidencia y que se manifiesta ora en un mimetismo irreflexivo de opiniones y gustos (hiperdemocracia), ora en un poder estatal siempre alerta a cualquier desviación que amenace la homogeneidad de creencias (fascismo). Para que el Estado adquiera ese poder hace falta la previa nivelación y conformismo de la mayoría. Y esto es posible porque, según leemos en *El hombre y la gente*, lo puramente social es por definición lo impersonal, automático e irracional, presto a expresarse violentamente; es la gente, presión anónima y omnímoda. Lo abstracto social, en fin, es lo que pierde contacto con lo concreto, lo personal. De ahí el título de uno de los apartados del libro: “El mayor peligro, el Estado”. Ortega fue un acérrimo defensor del liberalismo porque estaba convencido de que éste es el único medio capaz de sostener la independencia del individuo, de la persona concreta, frente a la impersonalidad y el poder coactivo del Estado. En 1930, año en que sale a luz su obra más famosa, escribía Ortega en “Socialización del hombre” que es ahora la época de los rebaños, tiempo en que los europeos andan buscando un pastor y un mastín. Y añade: “El odio al liberalismo no procede de otra fuente. Porque el liberalismo... es una idea radical sobre la vida: es creer que cada ser humano debe quedar franco para henchar su individualidad e intransferible destino”. Aunque nuestro filósofo no lo diga explícitamente, queda fuera de duda que el espíritu revolucionario está íntimamente ligado no sólo al fenómeno totalitario, sino también a una democracia sin límites o hiperdemocracia que el autor castiga en *La rebelión de las masas*.

No es éste el momento de discutir la tesis orteguiana o indagar hasta qué punto son las revoluciones producto de una mentalidad racionalista-utópica, sino comentar la forma y el alcance de su argumento. El recurso al topos abstracto/concreto demuestra la predilección de nuestro autor por el valor de lo

histórico y delata una sensibilidad conservadora, típica de la mentalidad reacia al cambio político súbito y radical. Y en efecto, la apelación a valores concretos frente a los abstractos ha sido arma predilecta del espíritu conservador.

4. La técnica como factor deshumanizador

“Vivimos una versión actualizada de La invasión de los ultracuerpos”

¿Pero no es cierto que hoy día sí se vive de la técnica? Es curioso que Ortega no haya sido más crítico con la tecnología, ya que ésta constituye el instrumento máximo de la nivelación y mediocridad que tanto denunciara en las páginas de *La rebelión de las masas*. Aquí, la principal objeción que se le puede hacer a nuestro pensador es el no haber indagado con más amplitud en las posibles consecuencias de la “naturalización” que ha sufrido el mundo de la técnica (fenómeno bien notado en su clásico). Cómo su carácter de artificio, de sobrenaturaleza, ha sido borrado, asimilado y naturalizado. En efecto, el hombre apenas puede elegir y tiene una relación con la técnica hoy parecida a la que tienen los animales con sus necesidades primarias. La relación hombre-entorno se ha invertido: vuelve a ser el medio el que obliga al hombre a adaptarse a él y no viceversa como sugería Ortega acertadamente en su momento histórico. [...]

La primera consigna para reformar el alma y educar los deseos parece evidente y consiste en el sabio consejo del rey Juan Carlos cuando espetó: “¡Y por qué no te callas!”. Y con esto se desemboca en la verdadera cuestión: sin silencio y sin soledad, el hombre no puede seguir siendo persona y poco a poco revertirá a su condición de animal. Siempre podrá ser más y más refinado y eficaz en sus técnicas pero, ¿para qué? Ortega planteó la oposición entre civilización y barbarie en los términos de ensimismamiento y alteración. Lo que distingue al ser humano del animal es su capacidad de ensimismarse, de recogerse en sí mismo, de experimentar un mundo interior; ése fue el gran descubrimiento del animal enfermo del mito orteguiano. El animal, al faltarle esa interioridad, vive pendiente del exterior en constante alteración. La generación actual vive en perpetua alteración, distraída, orientada hacia fuera, embrujada por los aparatitos electrónicos, ajena al ensimismamiento con el que, según Ortega, el hombre dio ese primer salto hacia la humanidad. En efecto, sin soledad y sin silencio se embotan la fantasía y la creatividad, fuentes de todos esos mundos imaginarios que constituyen la civilización. Por cierto, toda técnica, por sofisticada que sea, puede fallar y desaparecer; lo ha dicho Ortega. Bien puede ser que la de nuestra época pierda su utilidad y sucumba para dar paso a otro repertorio de programa vital.

Termino con la exhortación de Ortega en *Historia como sistema*: “El hombre necesita una nueva revelación” y su vínculo al tema del deseo. La frase “crisis de los deseos” proviene de la vida del Buda, cuando éste toma la decisión de suprimirlos y rechazar el mundo de las apariencias. Medida extrema para Ortega (y para nosotros), a pesar de que mencione “el Asia profunda” como inspiración para la lucha del hombre con su alma. A lo mejor, como en el mito del simio que se hizo hombre, éste, intoxicado de una nueva revelación dará otro gran salto cualitativo para cumplir, por fin, su misión de humanidad.

5. Final

“De los filósofos y ensayistas que he estudiado y sobre los que he escrito, es Ortega el que más ha influido en mi pensamiento”

¿Y quién fue este gran hombre llamado José Ortega y Gasset? ¿Qué importancia tiene hoy? ¿Y qué será de él? El pensamiento de Ortega es multifacético, complejo, y a veces contradictorio. Sus ideas se plasman en el artículo de periódico, el ensayo, el tratado, su voz resonaba en el aula académica, en las Cortes, en coloquios y en la tertulia. Fue, con Unamuno, el máximo intelectual público del siglo XX. Ortega fue necesario, una potente tónica intelectual... Unamuno fue un pensador agitado que inquietaba, Ortega, más bien, reposado, que inspiraba (los dos inspiraba a su modo). Pero igual que Unamuno, Ortega fue esto y aquello, lo uno y lo otro. Aristócrata de temperamento y de ideales sí, pero un aristócrata en la plazuela; demócrata, pero nada igualitario, elitista y a mucha honra diría él, pero también capaz de apreciar “los primores de lo vulgar”.

Ortega fue político (¡y cómo!) y antipolítico, activista y espectador, liberal progresivo pero nada progresista, hombre de ideales, pero antiutópico (“sólo debe ser lo que puede ser, y sólo puede ser lo que se mueve dentro de las condiciones de lo que es”); moderno y antimoderno –hasta conservador, podría decirse, en el sentido etimológico de la palabra, como cuando dice que “el hombre tiene el derecho a la continuidad”–, patriota y cosmopolita, español universal. “Yo no he escrito jamás para la humanidad –ha dicho– sino para los españoles de mi tiempo”. Lo siento, don José, pero se equivoca usted, porque sí que ha escrito usted para la Humanidad.